



**JUNTA DE ANDALUCIA**  
**CONSEJERÍA DE CULTURA**  
**Patronato de la Alhambra y Generalife**

## ~ Viajeros en la Alhambra: el Peinador de la Reina

CRISTINA VIÑES MILLET

Catedrática de la Universidad de Granada

---

### RESUMEN

El Peinador de la Reina es una de las bellas y delicadas estancias del conjunto real de la Alhambra. En su origen constituyó una más de las torres que rodeaban el perímetro murado alhambrense, y fue decisión del emperador Carlos V, en su estancia granadina de 1526, transformar su parte alta en tocador destinado a su esposa Isabel de Portugal. Decorado en forma exquisita, con pinturas renacentistas, su imagen cambió a partir de entonces de forma sustancial. En este trabajo se pretende recrear ese proceso de evolución, así como también la sugestión que ejerció, junto con su entorno, sobre los viajeros y visitantes del monumento nazarí.

### PALABRAS CLAVE

Alhambra. Peinador de la Reina. Viajeros.

---

### SUMMARY

#### TRAVELLERS IN THE ALHAMBRA: THE QUEEN'S DRESSING ROOM

The Queen's Dressing Room is one of the most beautiful and delicate chambers in the royal complex of the Alhambra. Originally, it was one of the many towers guarding the walled perimeter of the Alhambra, but in 1526, while staying in Granada, Emperor Charles V decided to transform the upper section into a boudoir for his wife, Isabella of Portugal. The aspect of this room, exquisitely decorated with Renaissance paintings, began to change substantially as a result of this decision. The present study aims to recreate that evolutionary process as well as the suggestive influence that this room and its surroundings exerted on travellers and visitors to the Nasrid monument.

### KEY WORDS

The Alhambra. Queen's Dressing Room. Travellers.

**JUNTA DE ANDALUCÍA**  
**CONSEJERÍA DE CULTURA**  
Patronato de la Alhambra y Generalife

**E**n los primeros días de mayo del año 1829 llegaba Washington Irving a Granada, para la que iba a ser una larga estancia. Sin embargo, no era la primera vez. Aproximadamente un año antes, en ruta desde Madrid, había tenido ocasión de hacer una breve escapada a nuestra ciudad que, iniciada el 8 de marzo, iba a tener unos diez días de duración. Acompañado entonces por dos funcionarios de la Embajada rusa, Gessler y Stoffregen, es indudable la impresión que produjo en él ese corto viaje. Impresión que dejó plasmada en su correspondencia. «¡Pero Granada, la bellísima Granada! Imagínese cuál debió ser nuestra alegría cuando después de pasar el famoso Puente de Pinos, escenario de sangrientos encuentros entre moros y cristianos, y notable por haber sido el lugar donde fue alcanzado Colón por un mensajero de la reina Isabel, divisamos Granada, con su Alhambra, sus torres y sus nevadas montañas; todo aparecía ante nuestra vista. El sol poniente lucía majestuosamente en sus torres de color bermejo a medida que nos acercábamos y daba un suave tono al paisaje de la vega; un mágico resplandor lucía sobre este lugar tan celebrado por la poesía»<sup>1</sup>.

Irving se sitúa en el pórtico del romanticismo, y cuando llega a España, su gusto literario está influido ya por esta corriente, que tiene en el pintoresquismo y en el pasado sus notas distintivas. Para él Granada es «la ciudad de romántica historia». Por ello, aunque dedique unos escasos días a recorrer la ciudad y sus alrededores, ha de reconocer que «la Alhambra y el Generalife han provocado más que ninguna otra cosa nuestro entusiasmo»<sup>2</sup>. Inconscientemente quizá, salta la comparación. «¡Santo cielo, después de haber pasado dos años en los baldíos calcinados de Castilla, ser libertado para vagar libremente en este país de ensueño! ¡Qué puro y saludable placer invade el corazón y con qué disgusto miramos hacia atrás la pálida vida artificial de la ciudad y cómo nos maravilla el haber podido condenarnos nosotros mismos a su frívola rutina!»<sup>3</sup>.

Sin duda, su ánimo se encontraba predispuesto a esa segunda estancia que —como decía— se iniciaba en los comienzos del mes de mayo de 1829. No creo que fuera casual la elección de la primavera para realizar este nuevo viaje, en el que ahora parte desde Sevilla. Como escribiera en algún momento, «la belleza de la estación ha empezado a mostrarse en su plenitud, prometiéndonos, sin embargo, ulteriores frutos en los meses venideros»<sup>4</sup>. Su compañero de viaje, en este caso, es el príncipe Dolgoruki, agregado diplomático primero y secretario de legación con posterioridad de la misma embajada rusa, y al que le une una amistad fraternal. Su primer alojamiento en la popular posada de la Espada fue efímero, ya que pocos días más tarde ambos amigos pudieron trasladarse a las habitaciones que en la Alhambra les cedió el gobernador

de la fortaleza, que por entonces prefería ya residir en la ciudad. Una serie de aposentos vacíos en el frente del palacio, con vistas a la gran explanada de los Aljibes<sup>5</sup>.

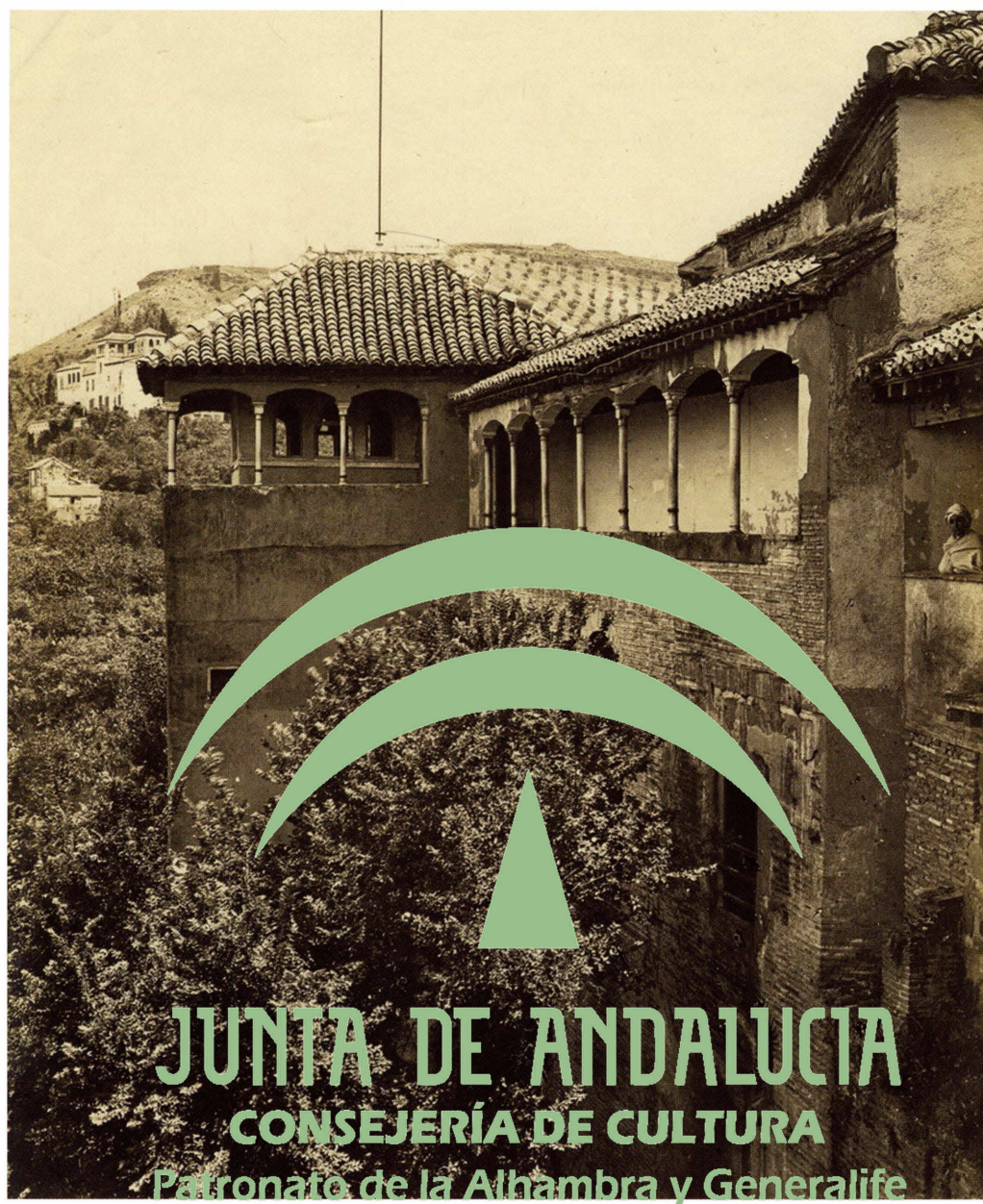
Muy breve debió de ser la estancia de Dolgoruki en la Alhambra, ya que a 23 de mayo le escribe Irving, contestando a su carta fechada en Málaga. El intercambio epistolar nos permite a nosotros conocer nuevos detalles. Por ejemplo, el traslado de alojamiento que Washington Irving se apresura a comunicarle. «¿Se acuerda —le dice— de la serie de habitaciones cerradas, donde trabajaba el artista italiano que había estado restaurando la Alhambra? Es un aposento edificado por Carlos V o Felipe II, el cual termina en una galería abierta en la que Chateaubriand escribió su nombre en la pared. He tomado posesión de este aposento y una habitación me ha sido acomodada muy confortablemente para dormitorio. Nunca tuve semejante residencia. Una de mis ventanas da al Jardín de Lindaraja, donde florecen los limoneros y en cuyo centro hay una fuente con un surtidor de agua; en el lado opuesto del jardín hay una doble ventana abierta que comunica con la Sala de las Dos Hermanas y a través de la cual puede verse la fuente del Patio de los Leones y aún más al fondo la sombría Sala de los Abencerrajes. Otra ventana de mi habitación domina el valle del Darro...»<sup>6</sup>. Se está refiriendo, como es evidente, a las estancias del emperador, algunas de las cuales se conocen hoy con su nombre.

Con estas palabras nos está introduciendo en un pequeño mundo, que iba a ser el suyo por espacio de unas cuantas semanas. En el ambiente de un monumento que no era entonces tal, en un entorno que le fascina y del que puede disfrutar libremente. Es en los momentos en que nos describe sus sensaciones, cuando su prosa adquiere la más bella calidad. «Algunas veces me salía a medianoche, cuando todo estaba en silencio, y me paseaba por todo el edificio [...] el efecto del resplandor de la luna en la Alhambra tiene cierto mágico encantamiento». Y prosigue, «en una de estas noches subí al pabelloncito denominado Tocador de la Reina para gozar del extenso y variado panorama. A la derecha veía los nevados picos de la Sierra Nevada, que brillaban como plateadas nubes sobre el oscuro firmamento, percibiéndose, delicadamente delineado, el perfil de la montaña. ¡Qué delicia tan inefable sentía apoyado sobre aquel murallón del Tocador, contemplando abajo la hermosa Granada, extendida como un plano bajo mis pies, sumida en profundo reposo y viendo el efecto que hacían a la blanca luz de la luna sus blancos palacios y conventos!»<sup>7</sup>. Así lo dejó escrito en sus *Cuentos*, y de esta otra manera lo comenta con Dolgoruki, no sin cierta complicidad. «Me siento cerca de la ventana hasta entrada la noche, contemplando el paisaje iluminado por la luna; he paseado girando de un lado a otro por la galería de Chateaubriand

hasta la media noche. Me siento solo y tranquilo encerrado en medio de este palacio desierto»<sup>8</sup>.

De nuevo Chateaubriand. No es gratuita la reiterada alusión a la que se ha considerado el primero de los románticos.

pesar de que su viaje constituyó una singular peregrinación amorosa en pos de Natalia de Laborde, a la que esperaba hallar «en Esparta, en Sión, en Menfis, en Cartago, y llevarla a la Alhambra»<sup>9</sup>. Sin embargo, en Granada sitúa la trama de su novela *El último Abencerraje*, que iba a abrir el camino al roman-



Peinador de la Reina visto desde la torre de Comares. APAG, finales del siglo XIX (fotografía: Garzón)

Interesante figura la suya, de literato y también de viajero. Es significativo constatar el diferente tratamiento que en ambas facetas concede a Granada. Sus impresiones del viaje las dejó plasmadas en un grueso volumen que tituló *De París a Jerusalén*. En él, tan sólo dedica unas escasas líneas a nuestra ciudad; a

ticismo literario. En sus páginas, auténtico poema en prosa, quedan fijadas las que serán constantes en la producción posterior. Seguramente, como señaló Fernández Almagro, porque «no es Granada ciudad donde los románticos tuviesen que rebuscar los temas propios del nuevo gusto, ni tan siquiera los

pretextos para que la fantasía actuase: tan pródiga es siempre Granada en sugerencias literarias de cualquier género y estilo»<sup>10</sup>.

Todo ello, como decía, queda fijado en el *Abencerraje*, obra de ficción inspirada en romances moriscos y fronterizos, y en la larga tradición que cruza nuestra literatura. Hay momentos, sin embargo, en que el autor, fascinado por la naturaleza que le rodea, deja a un lado la imaginación para volver sus ojos hacia la realidad. Ocurre así al describir el valle del Darro, donde en la trama de la novela se alza el palacio de Blanca de Vivar, que va a ser escenario de sus amores con el arrogante Aben Hamet, el último Abencerraje. «En la florida ladera del sur —escribe entonces— mostrábase la Alhambra y los jardines del Generalife. La colina del norte se decoraba con los risueños vergeles del Albaycín y profusión de cuevas habitadas. Al extremo occidental del valle, se erguían los campanarios entre cipreses y encinas. Hacia oriente se complacía la vista en irregular perspectiva: conventos, ermitas, ruinas de la antigua Ilíberis, las cumbres de Sierra Nevada cerrando el horizonte. Corría el Darro por el valle y presentaba a lo largo de su curso umbroso molinos, fuentes rumorosas, los arcos rotos de un acueducto romano y los restos de un puente del tiempo de los moros...». Este paisaje, que quizá contempló muchas veces desde la galería del Peinador, había quedado prendido en su retina. Seguramente porque en él vivió su propio idilio con Natalia de Laborde y ambos «escribieron juntos sus nombres sobre el mármol moreno de una columnilla mora»<sup>11</sup>.

No son los únicos en querer dejar con su firma constancia de su paso. También lo hicieron Byron o Hugo, entre otros muchos más<sup>12</sup>. Cualquier lugar es bueno, incluso, para dejar plasmadas sus impresiones. Como aquellos viajeros que, llevados del entusiasmo, estamparon sus versos en una de las paredes de la sala de las Ninfas<sup>13</sup>. Cualquier lugar es bueno, ya sea estancia, muro, columna o arco. Los testimonios que a ese respecto nos han llegado son abundantes; tanto que traerlos aquí no resulta posible. Tampoco necesario.

De muchos de esos lugares desaparecieron hace ya largo tiempo, en fechas bien tempranas, según nos dice alguno de nuestros visitantes. «Los nombres, versos ramplones y sentimientos sensibleros con los que desde tiempo inmemorial, los viajeros han considerado apropiado desfigurar las columnas de mármol blanco de sus galerías, se han limpiado con la influencia del agua, el jabón y una estragadera». No sólo eso. También «han quitado la basura de otro tipo que ocultaba los suelos de mosaico; han arrancado las hierbas que habían crecido en los patios...»<sup>14</sup>. La impresión es que la Alhambra se encuentra más cuidada, impresión compartida por quien, en fechas similares, manifiesta su asombro al encontrar los palacios en tan buen estado<sup>15</sup>. Uno y otro coinciden al pensar que ese cambio es

debido al nuevo gobernador, más cuidadoso o con mejor criterio que quienes le habían precedido en el cargo. Se refieren a Francisco de la Serna, el mismo que permitió a Irving y Dolgoruki habitar las estancias reales<sup>16</sup>.

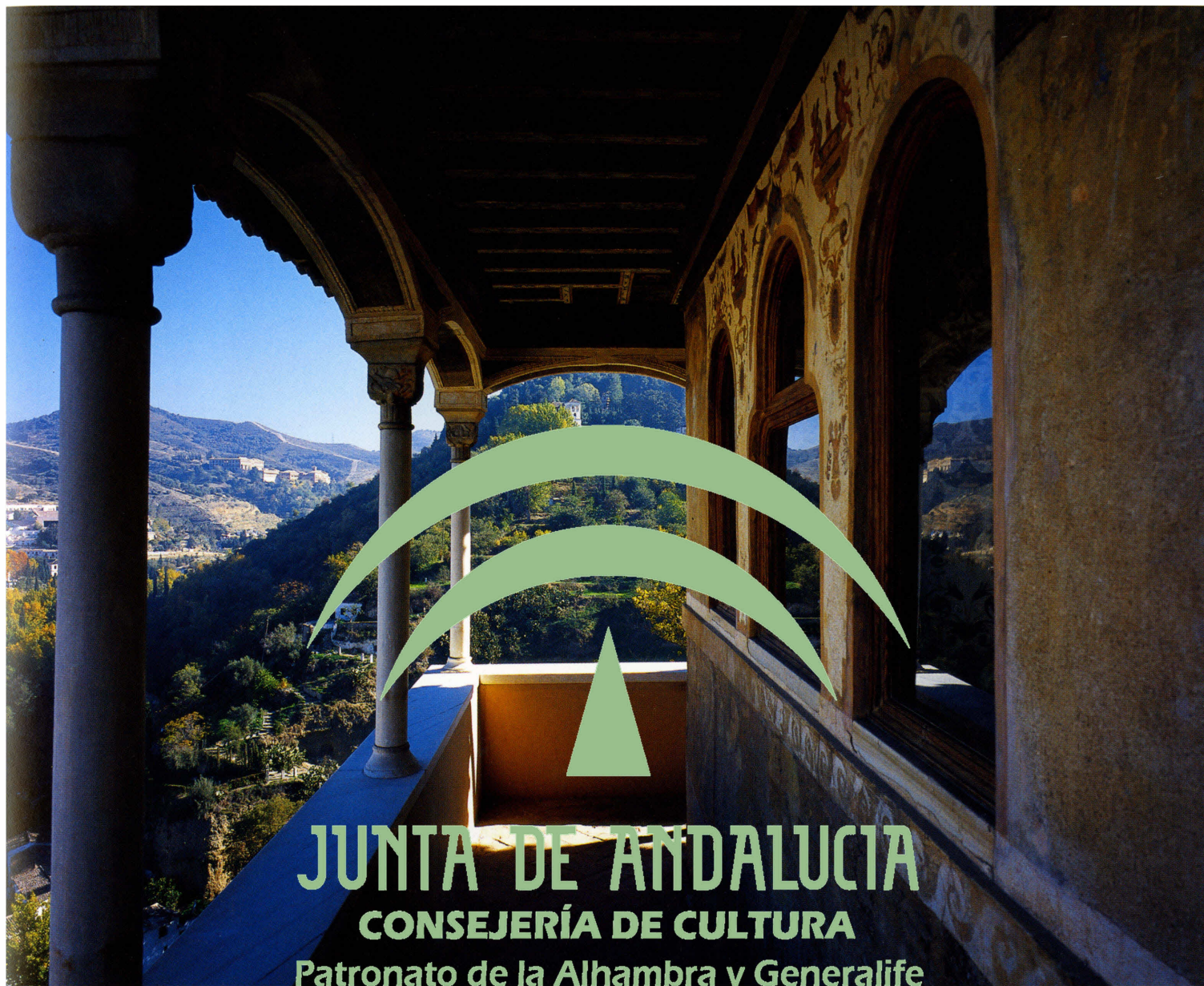
De muchos de esos lugares las firmas desaparecieron hace ya largo tiempo. No así del Peinador de la Reina, que ha mostrado hasta hoy los nombres de quienes en algún momento pasaron por allí. Sin entrar en otro tipo de valoración, que ahora no viene al caso, las paredes de aquellas estancias encierran una pequeña historia, que es paralela a la de la propia Alhambra. Una historia que se inicia temprano —1675 es la primera fecha reconocida— para penetrar en las décadas iniciales del siglo xx. Familias, como los Balde o los Murray; sociedades; visitantes aislados. En ocasiones, tan sólo un nombre, una fecha si acaso. En otras, el lugar de su procedencia, un comentario, una breve alusión.

De todas las nacionalidades, incluidos los españoles como no podía ser de otro modo, aunque con importante presencia de franceses y anglosajones. También en ello se puede detectar, en alguna medida, el peso de la historia. La estancia de los hombres de Sebastiani en los comienzos del siglo; las tropas de Angulema en 1823. Entonces, grabado en el alfeizar de la ventana, quedó el recuerdo de aquel «officier porte Drapeau du II Regiment de Ligne». Concretamente fue en agosto de ese mismo año. Un año que para algunos marca una divisoria. «Los verdaderos turistas aparecen después de 1823. Antes sólo van a España los soldados, algunos refugiados bonapartistas y los que van por negocios». Es lo que afirma Hoffman y en sus palabras, que encierran parte de realidad, me parece ver sin embargo un tanto de exageración. Sobre todo porque la presencia viajera con anterioridad a esa fecha es algo constatable, también en estos muros del Peinador. Por no irnos más atrás, más nutrida es la representación del siglo xviii, sobre todo en su segunda mitad. Entre esos nombres destaca el de Henry Swimburne, autor de uno de los mejores y más difundidos libros de viaje sobre nuestro país<sup>18</sup>.

Pequeña historia, paralela a la de la propia Alhambra. Si la fortaleza mantiene durante siglos su carácter militar, ha disminuido con el paso del tiempo, y con frecuencia fue también utilizada como prisión<sup>19</sup>. En más de una ocasión, con ese fin, se usó el propio Peinador y las estancias anejas. En 1707 fue el marqués de las Escalonias, procedente de Córdoba, al que se aplican estrictas medidas de vigilancia<sup>20</sup>, y en los años finales del siglo, al conde de Aranda. De este momento ha quedado una detallada descripción de la forma en que se acondicionaron las habitaciones del emperador para su uso<sup>21</sup>. Figuras conocidas todas ellas. También hay quien, no siéndolo, quiso dejar un recuerdo en sus muros<sup>22</sup>.

Lo cierto es que pocos son los nombres escritos en estas paredes que resulta posible identificar. Ocasión he tenido de referirme ya a los testimonios que aluden a los de Chateaubriand, Byron o Hugo. También a Swimburne que en 1775 dejó su firma en el pequeño arco de entrada al gabinete.

ñado por Henry W. Williams. Es el caso, igualmente, de Alexander Humboldt, naturalista y geógrafo alemán, explorador a finales del siglo XVIII en las colonias españolas de la América del Sur. Según el testimonio dejado, es en 1818 —para entonces se encontraba ya establecido en París— cuando



Galería exterior del Peinador. APAG, 2007 (fotografía: Adrian Tyler)

Alguno más ha sido posible situar y ello permite confirmar de nuevo esa disparidad de visitantes que ha tenido la Alhambra. Es el caso de Richard C. Wellesley, político inglés que fue gobernador general de la India. Poco después de cesar en este cargo —1809— se encontraba aquí, acompa-

debió desplazarse a Granada. De ese viaje no hay constancia escrita. Sí la tenemos, por el contrario, del realizado por su hermano Guillermo, filólogo, escritor y tratadista, que recogió en un pequeño tomito titulado *Diario de un viaje a España*, en el que plasma las impresiones del que realizara en

el cambio de siglo. Muy escueto se muestra al referirse al Tocador, «habitación cuadrada y pequeña, abierta por todas partes», aunque haga constar que la vista que se domina desde la galería que lo rodea le parece «muy bella»<sup>23</sup>. Es el caso, por último, de José Vergés, catalán afincado en Granada y que fue el primer banquero del siglo XIX del que se tiene noticia en nuestra ciudad. Mayores dudas ofrecen otros nombres —Baille, Harvey, Debrey, Semple— que sin duda se corresponden a viajeros que, en uno u otro momento, llegaron hasta aquí<sup>24</sup>.

En su conjunto, —como decía— ha sido posible identificar a pocos sin temor a equivocación. Lo que sí parece claro es la tendencia a concentrar en determinadas zonas de aquel espacio, las firmas que corresponden a un mismo momento o similar. Ello permite al investigador o al curioso de hoy situar en el tiempo el flujo de visitantes, y comprobar una vez más que son las décadas centrales del siglo XIX las que, con diferencia, registran el número más elevado. Es algo que no extraña, si consideramos que son éstos los años que vienen a coincidir con la

eclosión del romanticismo. Ya resulta menos fácil entender que siguieran utilizando los muros de la Alhambra, y en particular los de este Peinador, para dejar sus firmas o sus recuerdos. Digo esto porque en su breve estancia, el príncipe Dolgoruki había regalado un álbum con la finalidad de evitarlo, como muy expresivamente hace constar en su dedicatoria<sup>25</sup>, que, custodiado por el portero, estuvo a disposición de quien lo solicitara; es algo que sabemos a través de los testimonios dejados por muchos de aquellos visitantes<sup>26</sup>. Hay más. Alguno incluso afirma que «todos se apresuran a registrar en este libro su nombre, pues pocos son los dichosos

que vienen en su vida a Granada y todos se sienten orgullosos de poder demostrar al mundo que han visitado la maravilla de la Alhambra»<sup>27</sup>.

No todos, como acabamos de ver, lo hicieron. Pero, ¿por qué el Peinador? Es esta una pregunta que salta de forma inevitable. La respuesta es difícil y compleja también. Difícil, porque siempre lo es intentar penetrar en las motivaciones de las personas. Compleja porque, con toda seguridad, esas motivaciones debieron ser diversas. Si

hubiera que aventurar —tan sólo como hipótesis— una razón, me atrevería a decir que es la propia sugestión de este lugar la que les impulsó a ello. Sugestión ligada, en forma importante aunque no única, a una cambiante y sugestiva historia. Adentrarnos en ella supone hacerlo en el sentido íntimo de aquella Alhambra que fascinó a quienes la conocieron.

«Un monumento antiguo es, en muy contadas ocasiones, de un mismo estilo en todas sus partes. Ha vivido y viviendo se ha transformado. Porque el cambio es la condición esencial de la

vida. Cada edad lo ha ido marcando con su huella. Es un libro sobre el cual cada generación ha escrito una página. No hay que modificar ninguna de ellas. No son de la misma escritura porque no son de la misma mano [...] Son testimonios diversos pero igualmente verídicos»<sup>28</sup>. Son las palabras de Anatole France y difícilmente se puede decir más de forma más escueta. Y, sobre todo, difícilmente se puede decir algo que se identifique mejor con la Alhambra que, antes que monumento fue pequeña ciudad de intensa vida. Ella constituye ese libro sobre el que cada época fue escribiendo una página. Es significativo que, en ocasiones, la lectura de un texto nos trae a la



Habitaciones de Carlos V. APAG, 2007 (fotografía: Adrian Tyler)

memoria otro ya conocido. Así ocurre en este caso, porque en las frases de France, parece encontrarse como un eco aquellas otras que Hans Christian Andersen escribiera con anterioridad: «La Alhambra es como un antiguo libro de leyendas, lleno de signos de escritura fantásticos, trazados sobre oro y policromía: cada cámara, cada patio, es una página distinta de una misma historia, en la misma lengua y, sin embargo, siempre como un nuevo capítulo»<sup>29</sup>.

Muchos son los capítulos que conforman esa larga historia, y a través de ellos podemos contemplar una Alhambra que se transforma, aunque no pierde en ningún momento su propia esencia, transformación paralela a la de la ciudad que se extiende a sus pies. Momentos de esplendor y de decadencia se entrelazan, en ocasiones, sin solución de continuidad. Incluso sin que sepamos a veces reconocer las motivaciones que se esconden tras ello. Pero, sin duda, están ahí aunque permanezcan ocultas, y constituyen las claves para entender —en ambos casos— una cambiante realidad.

Cambiante realidad que, en la Colina Roja, deja su huella en torres y murallas, en adarves, palacios y edificios. Es esa «movilidad» a la que hace tiempo tuve ocasión de referirme. Hay algo más. Una capacidad de adaptación que llega a parecer increíble y que resulta fundamental, ya que el monumento que ha llegado hasta hoy es, en definitiva, el resultado final de ella. La Alhambra en su conjunto, aunque en ciertos lugares esto es algo que se hace más patente, como en el Peinador, sin ir más lejos. Nada más significativo que los distintos nombres que en cada momento lo han designado<sup>30</sup>; ellos nos hablan de tiempos diferentes, pero también de la utilización que, en cada uno de ellos, llegó a dársele.



Habitaciones de Carlos V. APAG, 2007 (fotografía: Adrian Tyler)

Mucha historia se encierra entre sus muros, y mucha han contemplado esas arquerías «diminutas y aéreas». Pequeña torre construida por Naṣr y atribuida a Yūsuf I al ordenar este monarca intercalar su sobrenombre en las yeserías que la adornaban, constituye una más entre las muchas que se alzan en el circuito de la Alhambra<sup>31</sup>. Levantada sobre el adarve que domina el valle del Darro, su misión defensiva es indudable, así como lo es que en aquellos primeros momentos quedaba independiente y separada de la zona de estancias reales<sup>32</sup>. Su aspecto externo —entonces como ahora— debía contrastar con la

imponente silueta de Comares. Muy liso su exterior, cubría «con tejados de alero muy saliente y canchillos hacia arriba, el espacio existente entre los muros y el cuerpo de luces, que airoosamente se elevaba sobre ellos en la época árabe presentando tres ventanas con arcos de medio punto en cada uno de sus frentes y alero y tejadillo a cuatro vertientes»<sup>33</sup>. Muy bello su interior, que ennoblecía una espléndida sole- ría blanca, verde, cobriza, azul, violeta, oro; la exquisita decoración de sus balcones y la rica techumbre en la que campeaba el escudo de los monarcas naz- zaríes.

Por entonces pudo escribir Ibn al-Jatib aquella descripción, que ha quedado ya como clásica: «Domina la ciudad por su parte meridional la población de la Alhambra, Medina al-Hamrá, corte del reino, coronándola con sus brillantes almenas, sus eminentes torres, sus fortísimos baluartes, sus magníficos alcázares y otros edificios suntuosos que con su brillantísimo aspecto arrebatan los ojos y el ánimo. Hay allí tal abundancia de aguas que, desbordándose a torrentes de los estanques y albercas, forman en la pendiente arroyos y cascadas, cuyo sonoro murmullo se escucha a larga distancia.



Rodean el muro de aquella población dilatados jardines propios del sultán y arboledas frondosísimas, brillando como astros, a través de su verde espesura, las blancas almenas»<sup>34</sup>.

Necesariamente la conquista había de introducir modificaciones en el recinto alhambrense. También en lo que se refiere a esa pequeña torre construida por Naşr y que entonces se denomina de Abul Hachach. Pero hay algo que permanece inalterable. Es esa condición de pequeña ciudad, que adquiere ahora una triple dimensión, que viene a caracterizar la nueva etapa; lugar de asentamiento de una importante guarnición militar, encargada de la defensa, y de una nutrida población, artesana y trabajadora. Como sitio real que es, su gobierno se mantiene separado e independiente del de Granada<sup>35</sup>. Triple dimensión —militar, civil y real— que le confiere un carácter excepcional y único, aunque ello haga de su organización interna una de las más complejas y sinuosas.

Con anterioridad aludía a esa movilidad de la Alhambra y a su sorprendente capacidad de adaptación. Quizá sea el siglo XVI el que en forma más acabada se corresponde a esas afirmaciones. Las obras de remodelación dan inicio de modo inmediato, en unos casos es la necesidad la que lleva a ello, en otros, una mentalidad diferente y el nuevo concepto bajo el que se contempla la ciudadela. Quizá entonces lo que más pudo transformar su imagen fue el establecimiento de conexiones entre la alcazaba y la ciudad palatina, allanándose la explanada intermedia, donde se construirían los grandes aljibes que iban a dar su nombre a aquel espacio<sup>36</sup>.

Pequeña ciudad de intensa vida. Las relaciones de algunos viajeros que fueron testigos de excepción de aquel momento, resultan bien elocuentes al respecto. Lalaing, en alguna medida<sup>37</sup>; Navagiero y Münzer en forma fundamental<sup>38</sup>; a través de sus páginas podemos recomponer un tiempo ya perdido: el ambiente castrense que dominaba entonces, las numerosas tiendecillas de vituallas diseminadas por el recinto, el elevado número de vecinos que habitan en él. Acomodarlos está obligando a otro tipo de obras, importantes también. Porque, como nos dice alguno de ellos, «en tierra de cristianos, una casa ocupa más espacio que cuatro o cinco casas de sarracenos»<sup>39</sup>.

No sólo esto. Es ese otro ambiente cortesano, en el que el sello de Tendilla resulta indudable y en el que se pueden observar reminiscencias de la que, hasta hace poco, ha sido vida de frontera, no me resisto a traer aquí una estampa, que es exponente de ello. La de un juego de cañas, organizado por don Íñigo López de Mendoza, en honor de Jerónimo Münzer, que es quien nos lo describe. Tuvo lugar en la gran explanada de la Alhambra, y en él participaron cien caballeros de los más diestros, «divididos en dos bandos, unos acometían

a los otros con largas y agudas cañas, como lanzas; otros, simulando huir y protegiendo sus espaldas con escudos y broqueles, atacaban de igual modo a los otros, jinetes en sus caballos, que son tan ligeros y veloces y tan ágiles para todo movimiento, que no los hay más [...] Luego, con cañas más cortas, con el caballo a toda carrera, hacían blanco como si disparasen la flecha con arco o con ballesta». «Nunca vi espectáculo tan bello», concluye Münzer<sup>40</sup>.

La Alhambra ha comenzado a transformarse, acomodándose a su nueva realidad, también en sus palacios, convertidos eventualmente en residencia de los soberanos<sup>41</sup>. En ellos trabajan numerosos obreros musulmanes, para devolver a las estancias su primitivo esplendor, e introducen en algunas de ellas detalles que son exponente de un gusto diferente. Son esos ricos techos de madera, colocados entonces y realizados posiblemente por operarios llegados de Zaragoza<sup>42</sup>. Nueva estética y también un concepto distinto. Es este último el que lleva a enlazar, formando un todo, los palacios de Comares y Leones, tan diferentes entre sí y que fueron pensados para utilizaciones muy distintas. Sin embargo, aún ahora, poco hubo de modificarse la visión de conjunto de todo aquel entorno palaciego.

En nada afectan las obras llevadas a cabo en aquellos primeros momentos a la torre de Abul Hachach, que sigue siendo una más de las muchas que jalonan el perímetro de la Alhambra<sup>43</sup>. Convertida en habitación de soldados, al igual que todas las restantes, todavía en el siglo XVIII mantiene ese carácter, aunque limitado tan sólo a su parte baja, que en la documentación se señala como «una vivienda capaz con entrada por fuera de la casa real»<sup>44</sup>. Posiblemente, de aquellos momentos iniciales parte también su consideración de alcaidía subalterna, incluida en el amplio diseño defensivo implantado de forma inmediata tras la conquista y que afecta a la Alhambra y al conjunto del reino<sup>45</sup>. Suposición tan sólo en este caso, al carecer de testimonios documentales. La primera referencia expresa que ha llegado a nosotros es de 1605, y tiene como motivo la toma de posesión como alcaide de don Juan de Trillo y Figueroa<sup>46</sup>. Por entonces se la denomina ya alcaidía del cuarto de las Frutas<sup>47</sup>.

Pero, con todo ello, hemos dado un salto en el tiempo, en momentos que son fundamentales, además, al hilo de nuestro planteamiento. Porque, si como decía con anterioridad, los años del reinado de los Reyes Católicos no trajeron cambios sustanciales en el caso concreto que nos ocupa, muy diferente va a ser la situación con posterioridad, bajo el mandato ya de Carlos V, fundamentalmente a raíz de su estancia en Granada en 1526. De entonces parte una nueva imagen de aquella torre, a la que comienza a denominarse del Peinador. La imagen con la que ha llegado hasta hoy.

No es cuestión de detenernos de forma pormenorizada en la trascendencia de aquel viaje que el emperador realiza con Isabel de Portugal, a consecuencia de las bodas reales que han tenido lugar en Sevilla<sup>48</sup>. Con todo, sí resulta interesante dejar constancia de la importancia que iba a tener para la ciudad y su

por el pilar que lleva su nombre, programa que en su conjunto se sitúa «en la vanguardia artística europea de estos momentos»<sup>49</sup>.

Pero no sólo en estas realizaciones, las más espectaculares sin duda alguna. También en otras la impronta del momento se



Detalle de decoración y armadura central del Peinador. APAG, 2007 (fotografía: Adrian Tyler)

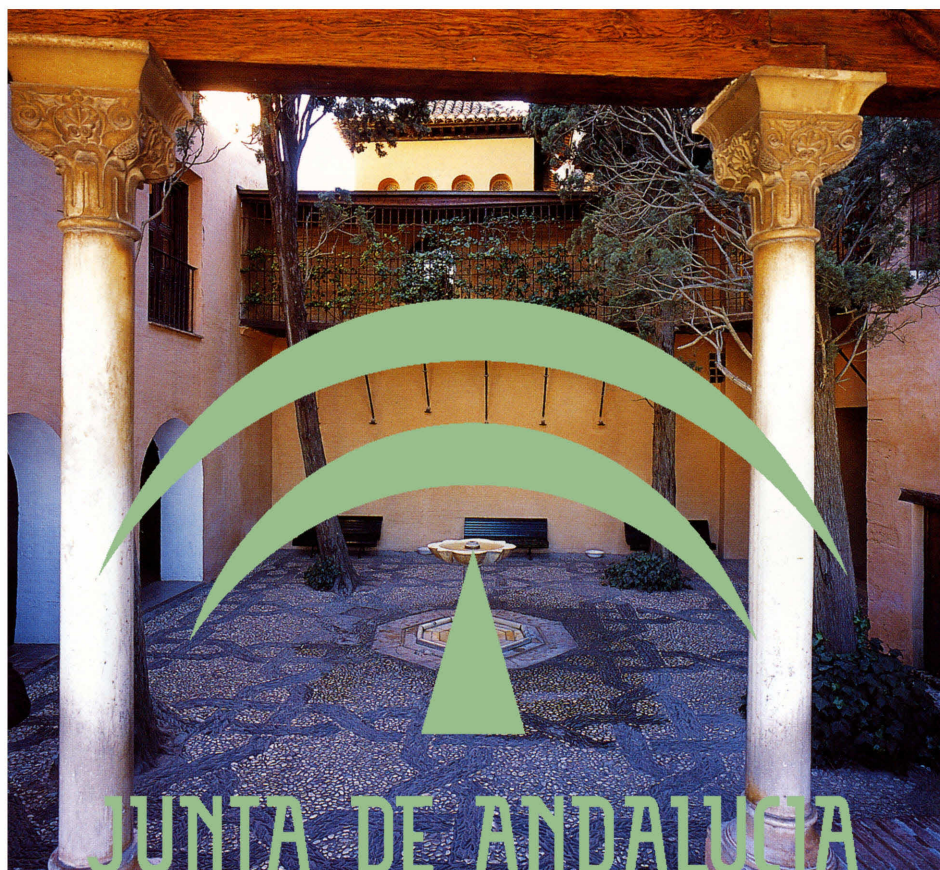
Alhambra. A todos los efectos, es esta última la que ahora nos interesa de forma muy particular. Porque el ambicioso programa imperial pensado para ella iba a operar una de las transformaciones más definitivas de la época cristiana. La más, diría yo. Desde la puerta de las Granadas, hasta el palacio de Carlos V, pasando

deja sentir y también contribuirán a modificar la realidad existente. Son las habitaciones mandadas construir en un primer momento y que comienzan a alzarse en lo que fueron jardines del cuarto de los Leones, seis en total, que muestran el nuevo gusto en sus ricas puertas y sus magníficos artesonados y en las

que conviven la arquitectura renacentista con esas techumbres de tradición mudéjar, que despliegan en sus finísimas pinturas el rico y sugerente mundo de los palacios italianos: flores y monstruos, animales y figuras humanas. Frutas también en algunas de sus estancias. Su fama fue tal que quedó plasmada en estos versos de Góngora<sup>50</sup>:

...Y su cuarto de las frutas  
fresco, vistoso y notable,  
injuria de los pinceles  
de Apeles y de  
Timantes,  
donde tan  
bien las fingidas  
imitan las  
naturales, que  
no hay hombre  
a quien no  
burlen ni pájaro  
a quien  
no engañen...

A ese nuevo conjunto regio, y como una prueba más de la armónica relación entablada entre el ayer y el hoy, se incorpora la torrecilla de Abul Hachach, que de este modo pasa a integrarse en el área palaciega. Un pasadizo y una puerta, hoy tapiada, la unieron al que debía ser el dormitorio de la emperatriz, ya que su destino era convertirse en tocador de la soberana. Para ello, se desmontaron las cubiertas y se elevaron los muros exteriores, colocándose un suelo que, partiendo en dos los espacios, daba forma a una pequeña sala<sup>51</sup>. Rodeada de una exquisita galería, en la antecámara que le servía de entrada, se colocó una losa de mármol perforada, que dejaba penetrar el aroma de los perfumes quemados en la habitación baja. De ahí que, con frecuencia, en los documentos se la denomine a partir de ahora torre de la Estufa. Aunque también se utilicen para designarla los nombres de Mirador, Tocador o Peinador de la Reina, que acabaría por generalizarse.



Patio de la Reja. APAG, 2007 (fotografía: Adrian Tyler)

JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE CULTURA  
Patronato de la Alhambra y Generalife

Conjunto de exquisita belleza que queda realizada, también aquí, por esas espléndidas pinturas que, en opinión de Gómez Moreno, no tienen rival en España y «únicamente son comparables con los grutescos del Vaticano»<sup>52</sup>. Pinturas que delimitan espacios. En la antecámara, escenas bélicas que reproducen la expedición del emperador contra Túnez. En el gabinete, las paredes fueron recubiertas de un delicado ornamento de grutescos y de primorosos cuadritos que representan la fábula de Faetón. Sobre la puerta, los niños que señalan el espejo que tienen en su mano, aluden inequívocamente al destino de esta pieza, diseñada —como decía— para tocador de la emperatriz<sup>53</sup>.

No llegó Isabel de Portugal a utilizar estas estancias pensadas para ella, y que se concluyeron finalizado ya el reinado del emperador. Conjunto regio, enlazado tan estrechamente a los palacios árabes, a través de pasadizos y corredores, que nos parece constituir una unidad. Unidad que se refuerza con la nueva entrada que a todo este conjunto se arbitra en el siglo XVII. «Para ello transformaron en zaguán una cámara baja medieval del Patio de los Arrayanes [...] con una linda

y penetrante perspectiva hacia el Patio de los Leones, visto a través de una cancela abierta en la medianería de los dos palacios y con acceso por un costado al patio de la Casa Real Nueva o Palacio de Carlos V»<sup>54</sup>.

Es entonces, con las modificaciones introducidas en estos momentos, cuando surgen esos recoletos espacios, en los que se combina «el arte del patio musulmán y el gusto arquitectónico del renacimiento español»<sup>55</sup>. Difícil nos resultaría hoy concebir los palacios de la Alhambra sin ellos. El patio de la Reja o el de Lindaraja, sobre el que se asoma ese mirador que

«quedó encerrado entre el agobio de los pardos muros. Los ajimeces vacíos, de los que desapareció para siempre la sombra de la trágica Aixa, languidieron de tristeza en su cautiverio. El pequeño jardín que antes apenas sí tuvo personalidad, comenzó a adquirirla desde que lo encerraron en silencio conventual. El mismo mirador consoló su tristeza en la tristeza del jardín, y hasta se dignó a sonreír el día en que se dio cuenta, por primera vez, de que la fuente que a sus pies enmudeciera lo copiaba en el espejo de sus aguas muertas. Entre el jardín y el mirador comenzó a entablarse una perfecta armonía. El jardín se hacía cada vez más frondoso y más íntimo; crecieron los naranjos y en las copas de los árboles todos anidaron los ruiseñores [...] El mirador perdió el antiguo panorama, pero el idilio que mantiene con el rincón romántico que a sus pies languidece, le consuela de aquella pérdida»<sup>56</sup>.

Increíble capacidad de adaptación de la Alhambra. Isabel de Portugal no llegó a ocupar las estancias pensadas para ella; sí lo haría dos siglos más tarde otra Isabel, la de Parma, esposa de Felipe V. Con ese motivo los aposentos serían restaurados, y no era la primera vez que eso ocurría. Muy al contrario, las reparaciones en todo aquel entorno hubieron de iniciarse desde el comienzo mismo. La explosión en 1590 del taller de polvorista instalado en la Carrera del Darro, obligó a ello. Muchos e importantes fueron los daños experimentados entonces en todo aquel frente de la Alhambra que mira al río y expresivos son los documentos al respecto. «Así mismo —se puede leer en ellos— en el corredor y cuadras de la Estufa se atormentó todas las paredes, haciendo sentimiento por muchas partes de ella, derribando algunas partes [...] y pinturas [...] de suerte que queda muy atormentado todo y quebradas las cerraduras y puertas y ventanas [...] Así

mesmo —prosigue— en otras casas accesorias de aposento questán debajo de la Estufa y cuarto de la pintura de las Frutas se abrió y derribó las puertas y ventanas con muchos tabiques e hizo mucho daño en los tejados»<sup>57</sup>.

Que se iniciaron trabajos para remediar en lo posible los daños causados por la explosión, parece fuera de duda, tanto en la propia estructura de los edificios, como en el adorno de sus aposentos; concretamente en el Peinador, a comienzos del siglo XVII Bartolomé de Raxis se encontraba restaurando sus

pinturas. No deja de llamar la atención, por lo tanto, lo que con motivo de la visita de Felipe IV a Granada nos dice Henríquez de Jorquera: «En once de febrero deste dicho año 1624 se tubo noticia en esta dicha ciudad de Granada como su magestad había salido de la villa de Madrid, corte de nuestra España, para visitar las ciudades del Andalucía, aunque con riguroso tiempo, para lo qual se previnieron las ciudades por donde su magestad había de venir con grandes aparatos para su recibimiento y en particular esta ciudad de Granada que empezó luego a redificar el quarto

emperador y los demás quartos de la Casa Real y fortalezas del Alhambra, para que se aposentase su magestad en ellos»<sup>58</sup>. Es esta una cuestión sobre la que habré de volver de forma inmediata.

Será nuevamente aposento real en 1730 cuando Felipe V, junto con su familia, pase una breve temporada en Granada, en un viaje mejor documentado que el anterior; conocemos con precisión los trabajos realizados entonces y el costo que supusieron. Destinado el Peinador para uso de Isabel de Parma, «hubo que restaurar las pinturas, que lo fueron por Martín de



Fuente del patio de Lindaraja. APAG, 2007 (fotografía: Adrian Tyler)

Pineda Ponce. Se añadieron la «F» (con una e pequeña de Felipe) y la «Y». Se pusieron en su contorno exterior e interior bastidores de madera con abrazaderas y tornillos de hierro para poner y asentar vidrios y espejos»<sup>59</sup>. Resulta interesante conocer las reparaciones llevadas a cabo, pero tanto o más saber los motivos que obligaron a ello. A ese respecto la documentación es igualmente expresiva: «El Tocador se empezó a pintar y remendar a imitación de lo exquisito de pintura que de lo antiguo tenía, y estaba muy maltratado por el desorden que los Alcaldes han tenido en mostrar la casa».

Vistas así las cosas, comenzamos a entender algo más. Numerosas son las órdenes que, sobre el papel, venían regulando el cuidado de los palacios, numerosas y minuciosas también. Los soldados que ejercían el cargo de porteros, así como los barrenderos y jardineros —exentos todos ellos de guardias— tenían como misión abrir y cerrar las puertas de las casas reales, mantenerlas limpias y cuidadas y acompañar a los visitantes, para que no pudieran hacer daño en ellas, sin recibir a cambio pago alguno<sup>60</sup>. No a todos los visitantes, por otra parte, ya que tan sólo a aquellas personas que «siendo de distinción fueran en traje correspondiente al decoro debido a las Casas y Sitio de habitación real», debían franquearles la entrada<sup>61</sup>.

Sabemos, sin embargo, que lo tan reiteradamente ordenado era sistemáticamente incumplido<sup>62</sup>. Al menos desde comienzos del siglo XVII, por cuatro cuartos se permitía la entrada a cualquiera y por dos cuartos más se les dejaba bañarse en el estanque del patio de los Arrayanes. De todo ello, «resultan grandes daños y los que entran a verlas como los encierran en ellas después de haber cobrado el interés, y no hay nadie que los vigile, las maltratan y ensucian y arrancan los azulejos, cerrojos y cerraduras que pueden arrancar»<sup>63</sup>. Al respecto sobra cualquier comentario.

La connivencia de las personas encargadas de su custodia es algo que se alarga en el tiempo, llegando incluso a más. A mediados del siglo XIX una de nuestras viajeras se lamentaba de ese aspecto en concreto, comentando escandalizada cómo el mismo portero «comercia con los extranjeros con trozos de estuco que se resquebrajan y se levantan del muro. Un señor que conocía compró un gran trozo por cinco francos; yo no lo pude evitar y se lo reproché y no quise imitarle». De seguir así las cosas —concluye— «en veinte años no quedarán apenas restos de la Alhambra»<sup>64</sup>. Que no ocurriera así forma parte del misterio de este lugar, porque no era la única en pensar de esta forma, en absoluto. Bastantes años antes, Simón de Argote se había expresado de manera similar: «Una mano destructora y rapaz, se ha unido a la del tiempo, y ha despojado en su mayor extensión a este edificio de sus porcelanas y azulejos, que hacían el mejor y más sólido de sus adornos; y la mansión más

augusta del cetro mahometano, muy distante de ofrecer en sus ruinas la imagen del poder, de la dignidad y del genio sublimador de las artes [...] va dentro de muy poco a desaparecer en polvo, tierra y nada»<sup>65</sup>. Polvo, tierra y nada pensó también Irving que llegaría a ser, considerándose posiblemente el último de sus visitantes. «Y, sin embargo, ahí sigue, casi intacta, para nuestro deleite. Un ejército de devotos artesanos, herederos directos de los primitivos alarifes, va sustituyendo paulatinamente el panel gastado, la inscripción borrosa o el descolorido azulejo. ¿Cada cuánto tiempo se renueva del todo la Alhambra?»<sup>66</sup>.

Del todo posiblemente no, pero sí en muchas de sus partes. Volvamos nuevamente al Peinador y lo comprobaremos. No había finalizado todavía el siglo XVIII cuando se realiza una minuciosa tasación de todo lo que necesitaba llevarse a cabo en él o reponer en su caso, ventanas y puertas, vidrios y marcos, dorado en la antesala y gabinete interior, pintura en este último. Algo extraña, en tan minucioso documento, que no se haga mención alguna al corredor que lo une con Comares y cuyas pinturas, según nos consta, se encontraban en muy mal estado debido, entre otras cosas, a la intemperie. Es Argote quien de nuevo alude a ello y nos habla de las metamorfosis de sus plafones, de las medallas con bustos que lo adornan y de los medallones con estatuas de ríos<sup>67</sup>. Constituye la suya una de las últimas descripciones que ha llegado a nosotros, ya que a mediados del siglo XIX «por estar maltratadas tuvieron el mal acuerdo de borrarlas», en palabras de Gómez-Moreno<sup>68</sup>.

Ignoro si llegaría a realizarse todo lo detallado en el informe al que acabo de aludir. Sí consta que en uno de los primeros reconocimientos llevados a cabo por José Contreras y que lleva fecha de 1840, al graduar las obras de mayor urgencia a realizar en los palacios de la Alhambra, se alude a la torre de Comares, al corredor que conduce al Peinador y a este mismo, haciendo un especial hincapié en que de no intervenir con urgencia «se debe esperar una ruina»<sup>69</sup>. Algo se hizo entonces, en efecto. Después habrá que esperar ya a los años treinta del siglo XX en los que, bajo la dirección de Torres Balbás, se acometieron obras de consolidación y conservación de importancia<sup>70</sup>. Es entonces cuando se desmontó el suelo que dividía en dos los espacios del Peinador<sup>71</sup>, y fue entonces, cuando Rafael Latorre restauró de nuevo sus pinturas<sup>72</sup>. Lo que maravilla —a mí al menos— es que a lo largo de todo ese largo proceso, aquí resumido, no desaparecieran en ningún momento los nombres y las firmas estampadas en sus muros. Pero esa, seguramente, sería otra historia.

Pequeña torre mora convertida en delicada estancia destinada a las reinas cristianas, nunca más volvió a ser utilizada por

una soberana, aunque sí se le dieron otros destinos muy diferentes, a los que también ha habido ocasión de aludir con anterioridad. Reflejo de la historia de la propia Alhambra, en la que en ocasiones la imaginación debe suplir a la realidad. A ello insta Velázquez de Echeverría al forastero, a que avive la fantasía «y considere esas hermosas pinturas, en toda la fuerza de su primitiva belleza, esas ventanas con hermosos cristales, con el realce de esa admirable vista, y verá que no se puede imaginar cosa mejor en el mundo...»<sup>75</sup>.

Cuando en 1862 Isabel II visita Granada, ya no se hospeda en los regios alcázares, aunque en ellos tuvieron lugar algunos de los actos programados con ese motivo<sup>74</sup>. De ellos tenemos puntual relación a través de la crónica de aquel viaje<sup>75</sup>. Algunas noticias más nos aportan nuestros visitantes, observadores ocasionales alguno de ellos de los preparativos llevados a cabo en sus salas y estancias. En ellas, multitud de obreros se movían incesantemente, «portando haces con ramos de mirto, farolillos multicolores y papeles pintados». De las paredes de la sala de las Dos Hermanas pendían «pesados tapices de damasco y terciopelo rojo con bordes y flecos de oro, que ocultaban en exceso cuanto era realmente bello; tan sólo el rico artesonado original del techo podía admirarse en toda su magnitud. Alzar la mirada era como contemplar la corola de una hermosísima flor»<sup>76</sup>.

El baile de gala, ofrecido por la Maestranza, tuvo como escenario el salón de Comares. También allí había tenido lugar, bastantes años antes, un baile de corte en honor de la infanta Luisa Fernanda y su esposo el duque de Montpensier<sup>77</sup>. Fue en 1849 y habían transcurrido tres años desde las dobles bodas reales que unieron a Isabel II con don Francisco de Asís, y a su hermana Luisa Fernanda con Montpensier. Entonces, y con ese motivo, se había desplazado desde Francia una nutrida representación diplomática

y cultural, a cuyo frente se encontraba Alejandro Dumas y en la que figuraban —además de su propio hijo— destacados pintores y escritores. También otro viajero ilustre, Teófilo Gautier, fue testigo del acontecimiento, enviado como corresponsal de un diario parisino.

Ambos —Dumas y Gautier— fueron viajeros por España, llegando hasta Granada<sup>78</sup>. Pero no es eso lo que nos interesa en

estos momentos, sino ese otro viaje del matrimonio Montpensier, en el que recorrieron parte de Andalucía y en el que se hicieron acompañar por el pintor Eduard Gerhardt, que dejó espléndidas imágenes de las ciudades visitadas, incluidas las varias que dedicó a la Alhambra. No, curiosamente, al salón de Comares. En él se celebró ese baile de corte al que aludía con anterioridad. Ese día, «todo el interior de la Alhambra estaba iluminado por miles de pequeñas lámparas. Pequeños kioscos transparentes se reflejaban en el agua clara de las grandes albercas de mármol. En todas partes se veían faroles de color, arañas con velas, guirnaldas de flores, coronas de arrayanes y festones de hojas. Había divanes de paño rojo y alfombras color amaranto en todas las salas y charanga en varias partes, bajo los peristilos, elegantemente calados [...] La sala de baile fue la propia Sala de los Embajadores. Desde el alto techo moro de estalactitas, colgaba centelleando una araña brillante, cuyas luces parecían coronas de coral sobre el suelo cubierto de paño rojo [...] Había música y esencia de mil flores...»<sup>79</sup>.



Detalle de escenas de la campaña de Túnez en la sala de la Estufa. APAG, 2007 (fotografía: Adrian Tyler)

**JUNTA DE ANDALUCÍA**  
**CONSEJERÍA DE CULTURA**  
**Patronato de la Alhambra y Generalife**

Volvamos al comienzo. En la primavera de 1829 llegaba Washington Irving a Granada para una larga estancia; con ello no hacía más que cumplir un deseo sentido mucho tiempo, porque la sugestión hacia lo granadino es algo antiguo en él, como nos dicen sus palabras: «Desde que en mi lejana infancia, a orillas del Hudson, recorrí por primera vez

las páginas de la vieja y cabalresca historia apócrifa de Ginés Pérez de Hita sobre las guerras civiles de Granada y las luchas de sus valientes caballeros, Zegríes y Abencerrajes, fue siempre esta ciudad objeto que despertó mis sueños». No extraña así, que en su libro de notas copiara en 1825 aquellos versos de Calderón<sup>80</sup>.

Bellísima Granada  
ciudad de tantos rayos coronada

Al año siguiente —1826— aparece la primera edición de *El último Abencerraje* de Chateaubriand, escrita algunos años antes<sup>81</sup>. También en esta obra la sugestión de Granada es evidente como sabemos. Ambos se sitúan en el pórtilo del romanticismo que iba a dar una nueva dimensión a nuestra ciudad, a través de esa renovada imagen literaria que parte de Chateaubriand. A través, igualmente, de una afluencia viajera no conocida antes. En ello el influjo de Irving parece evidente. No porque fuera el primero en llegar hasta aquí —que no lo fue— sino porque sus *Cuentos de la Alhambra*, dando la vuelta al mundo, contribuyeron de forma importante a difundir el nombre de Granada<sup>82</sup>. Irving, historiador y curioso de la historia y de sus leyendas, dejó plasmado en ese libro un entrañable testimonio, en el que fantasía y realidad se funden para formar un todo.

No puede extrañar ese influjo ejercido en un momento en que estalla, incontenible, todo aquello que se agazapaba silencioso bajo la fría apariencia del neoclasicismo. Impresiones y sensaciones sustituyen a la descripción que ha predominado hasta entonces en los relatos de viaje. Es el sentimiento que lo domina todo y que aflora en forma constante, ya sea con trazo claro o con línea difusa. Valores y motivaciones que se buscan en el pasado, evasión de la realidad, quizá porque ésta tiene poco que ver con lo soñado. Desde cualquiera de esas posiciones, Granada encarna una vieja tradición y un rico mundo, colorista y perdido.

De ahí que se convierta un poco en mito para el romántico, haciendo que gentes de las más diversas procedencias y dedicaciones deseen llegar hasta aquí, para contemplar con sus ojos lo que han ensoñado en su imaginación. De ahí también esa impaciencia, que se repite en forma reiterada. «Jamás en mis continuos viajes he esperado llegar a un sitio en tal estado de excitación [...] Desde donde estábamos no podía ver más que una neblina cubriendo una ladera de una montaña. Esa neblina, sin embargo, era la ciudad de los moros, la romántica y cabalresca Granada»<sup>83</sup>. Son las palabras de Isabella Romer, que parecen corresponderse con las de lady Tenison: «Cabalgamos apresuradamente hacia la cresta de la colina que había delante, todos ansiosos de obte-

ner la primera vista de Granada y fue en verdad gloriosa, ya que el sol poniente estaba justo haciendo caer su dorada luz sobre las lejanas torres de la Alhambra y la regia ciudad se levantaba ante nosotros, con su corona de montañas, mientras que la vega se extendía como una alfombra verde a sus pies. Puede haber pocas vistas tan encantadoras como esta; la fértil llanura, que se extiende unas treinta millas de ancho, parecía un verdadero paraíso...»<sup>84</sup>.

Sin duda Irving contribuyó a difundir el nombre de Granada, pero contribuyó, por encima de todo, a descubrir nuevamente una Alhambra cuyas estancias —nos dice él mismo— su «fantasía recorrió con frecuencia». Esa inquietud sentida se acrecienta cuando llega el momento de poder contemplarla, ya que «el sol la ha mirado durante siglos; para nosotros era la primera vez»<sup>85</sup>, inquietud que se traduce en sentimientos. «Nada sabría describir la impresión que experimenta el que atraviesa por primera vez la Puerta de las Granadas. Uno se cree transportado a un país encantado al penetrar bajo esos inmensos arcos de verdor formados por olmos seculares, y se piensa en la descripción del poeta árabe que los compara a bóvedas de esmeralda. Es la más majestuosa decoración que podamos soñar, y si los ojos se encuentran maravillados, el oído no está menos deleitado por el canto de los pájaros y el murmullo de las cascadas y fuentes. El agua límpida de los arroyuelos es de un frescor continuo en este Edén, donde la primavera es eterna»<sup>86</sup>.

Con frecuencia me ha llamado la atención en qué forma la Alhambra es capaz de suscitar sentimientos similares en personas distintas y en tiempos diferentes. Si las frases anteriores fueron escritas por el barón Charles de Davillier en los años sesenta del siglo XIX, estas otras lo fueron en los treinta del XX por el griego Uranis: «Mi memoria ha guardado hasta hoy aquel sentimiento de la exquisita frescura que me acogió en su reino mágico [...] Altísimos y centenarios árboles, con sus ramas entrelazadas, formando a lo largo de su longitud un arco de profunda sombra, un túnel verde. Sentí que mi cuerpo se hundía en un baño de frescura y de sombra. Me paré extasiado. Alrededor de mí multitud de ruiseñores trinaban y escuchaba invisibles regueros de agua. Entre el verdor de los árboles veía las rosadas explosiones de inmensas adelfas [...] me sentía a mí mismo como aislado en un mundo mágico, sin ninguna comunicación con el mundo de la realidad»<sup>87</sup>. Ecos, quizá, de un romanticismo desaparecido hacía ya largo tiempo.

Retornemos a ese momento. La Alhambra sigue siendo esa pequeña ciudad, enormemente viva y pintoresca, que alcanzaron a conocer nuestros viajeros, quizá ahora más que nunca, cuando la fortaleza se ha hecho jardín y el palacio reli-

quia. Posiblemente es esto lo que más pudo fascinarlos. No sólo a ellos. «Si se me preguntase —diría García Gómez— en el puro aspecto plástico y sin tener en cuenta la conservación del monumento, qué inquilinos de los que la Alhambra ha tenido casaban mejor con ella, no vacilaría en responder que las gentes humildes que la habitaban en los tiempos de Washington Irving, y que éste ha descrito. Yo prefiero, plásticamente, a todas las otras la Alhambra campamento del pueblo, que pintan los grabados extranjeros del 800, cuando entre las yesterías ahumadas pasean la pana verde, la basquiña roja, la manta alpujarreña y el catite»<sup>88</sup>.

La plaza de los Aljibes centra esa pequeña ciudad, viva y pintoresca, y la animación en torno a los grandes depósitos que le dan nombre es constante a lo largo del día. En uno de sus frentes la alcazaba, muy deterioradas sus torres. La del Homenaje sigue utilizándose como prisión, mientras que la Quebrada ha sido habilitada para alojamiento de la brigada de confinados, que ha comenzado a trabajar en las reparaciones del recinto. En su interior, pequeñas viviendas y espacios ocupados por huertas y viñedos. Señoreándola, la torre de la Vela desde la que se domina un espléndido panorama. Richard Ford aconseja subir allí poco antes de la puesta del sol, «para ver la gloria de ese momento en las latitudes meridionales, cuando enrojece con sus rayos cielo y tierra, y después, cuando avanzan en la oscuridad, las largas oleadas de los rastros al quemarse en la vega [...] Luego, durante el corto crepúsculo, parece agrandarse la ciudad, que constituye siempre una bella visión desde la altura, pero más misteriosa e interesante al quedar envuelta en los vapores azulados de la penumbra. Después, surge el zumbido de abejas del rumor distante de la vida»<sup>89</sup>.

En su costado, la puerta del Vino emerge entre las casillas que, en abigarrado conjunto, constituyen una de las zonas que concentra a la población alhambrena. Una población que no es ya en exceso numerosa, pero que se dispersa un poco por toda la geografía del recinto. Sobre todo en el entorno de la

calle Real, de humildes edificios entre viñedos rectangulares. En éstos, no es raro encontrar «ricos restos de mosaico, trozos caídos de cornisas y arcos morunos, admirablemente esculpidos»<sup>90</sup>.

El palacio de Carlos V, inconcluso y tapiado, es el más claro exponente de que el emperador nunca más pudo retornar a Granada, en contra de su propio deseo<sup>91</sup>. No gustaron de él los visitantes que, con frecuencia, se muestran críticos e incluso

despectivos, seguramente porque no es la severa majestad del renacimiento lo que habían venido buscando. Por ello pasan de largo y al llegar a uno de sus ángulos, nos dice Davillier, «torcemos bruscamente a la derecha y seguiremos por una triste y estrecha callejuela que se abre en un oscuro rincón. Llegaremos enfrente de una puercecita de construcción moderna y de aspecto vulgar y llamaremos. En seguida saldrá a abrirnos un guardián tocado con el sombrero andaluz. Le seguimos, y al instante el espectáculo más maravilloso deslumbra nuestros ojos. Estamos en la Alhambra»<sup>92</sup>.

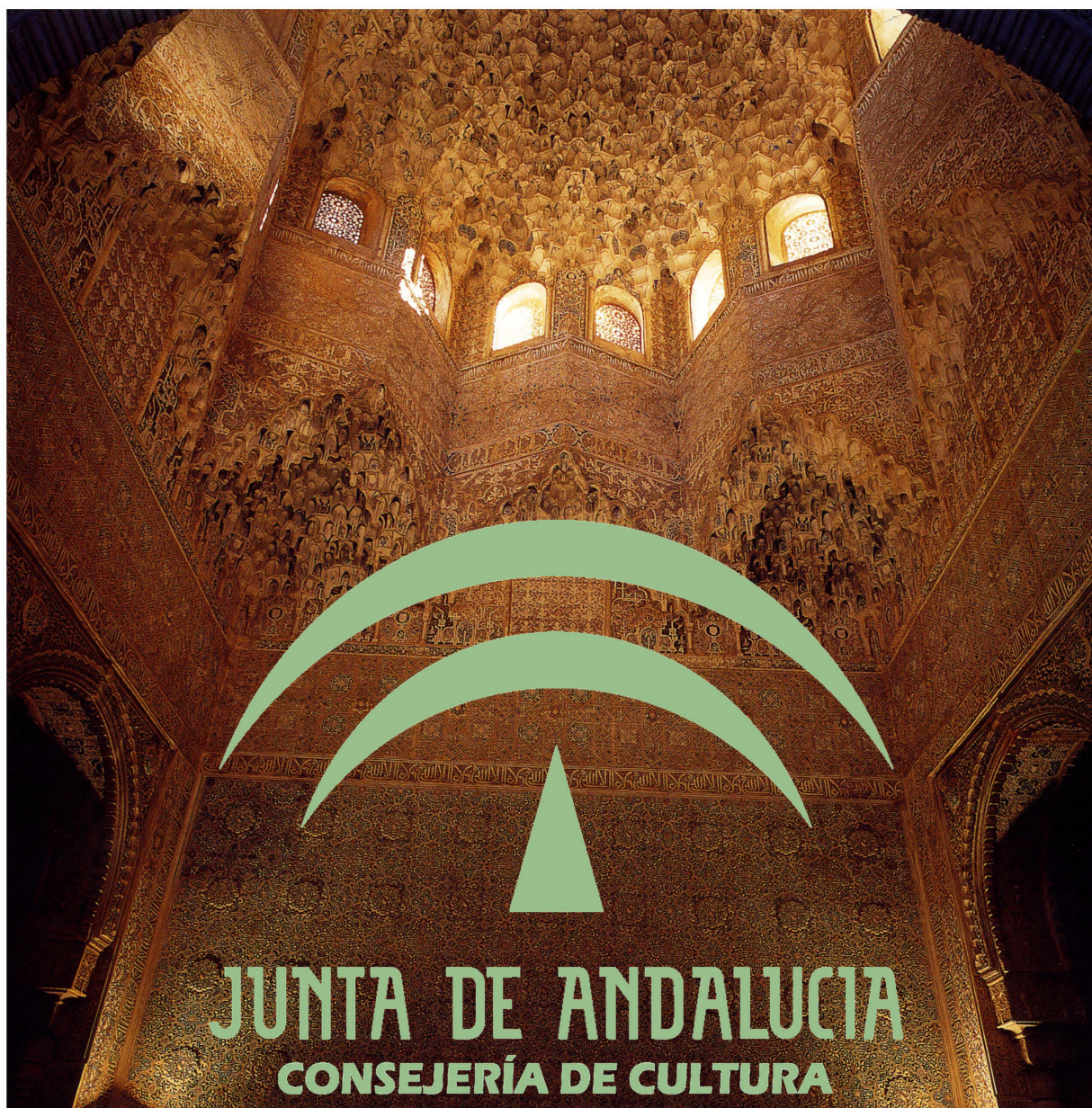
La fascinación es el sentimiento que predomina al penetrar en un mundo que les parece mágico. «Era como transitar por un maravilloso bazar de caprichosos encajes de piedra, donde el agua cristalina saltaba en los surtidores, fluía susurrante por los canalillos labrados en el mármol de los suelos y llenaba los grandes estanques en los que nadaban peces dorados. La parte inferior de las paredes, hasta la altura del pecho, estaba compuesta por azulejos policromos; la parte de arriba era toda una superficie de cerámica color amarillo muy pálido, sin pulir, de apariencia marmórea, tan artísticamente cincelada, que daba la impresión de un velo de encaje extendido sobre el fondo de rojo, verde y dorado...»<sup>93</sup>.

Sensaciones que no siempre resulta fácil expresar, y que ocurre en muchos lugares, pero posiblemente en forma muy particular ante el salón de Embajadores. «Más ¿cómo reproducirla en palabras? ¿Qué más da que os cuente que la parte



Detalle de la sala de la Estufa. APAG, 2007 (fotografía: Adrian Tyler)





Sala de Abencerrajes. APAG, 2007 (fotografía: Adrian Tyler)

baja de las paredes está revestida de azulejos verdes? ¿O que toda la pared, de arriba abajo, es semejante a un tul extendido sobre brocado de oro y púrpura? ¿Y que dicho tul no es sino piedra labrada, labor maravillosa de filigrana, iluminada por la luz que penetra por los ajimeces en forma de herradura, cuyos arcos reposan sobre airoas columnas de mármol? ¿Y que rosetones abiertos sobre las ventanas acentúan la luminosidad, permitiendo ver, como se merece, el suntuoso artesanado de los techos? Una fotografía, no palabras, podría reproducir semejante cuadro; más con la fotografía quedaríamos supeditados a su vista desde un ángulo determinado»<sup>94</sup>.

También en algún caso su testimonio nos sirve para comprobar los cambios que se están operando. En el patio de los Leones, por ejemplo. «Desde la propia fuente —nos dice uno de ellos— salen cuatro caminos de mármol blanco encontrándose los espacios intermedios llenos de rosales, arrayanes, granados, adelfas y naranjos cuyos olores perfuman el aire y, junto con el frescor que produce el agua de la fuente, invita al reposo»<sup>95</sup>. Pocos años más tarde, las plantas han sido sustituidas por un suelo enlosado, al comprobar que el riego de las mismas estaba minando los cimientos<sup>96</sup>. Pero sin duda allí es el patio en sí mismo, descrito de esta bella manera: «Encajes de Bruselas tejidos en porcelanas;

arcos de tul bordado en piedra, sustentados por esbeltas columnas de mármol que, aquí, forman paredes divisorias, arcos, pabellones y alcobas»<sup>97</sup>.

Desde este lugar vamos a ir aproximándonos hacia el Peinador. Para ello habrá que atravesar corredores y salas, pasar por reducidos patios, entrar en magníficas estancias de baño, cuya entrada guardan «ninfas de mármol y sátiros rientes», subir de nuevo para salir a galerías que forman delicadas columnas que sustentan arcos... No habrá viajero que no se detenga despaciosamente una vez llegado a esa frágil torre, a la

que se compara con el nido del águila. Pocos podrán escapar a la sugestión que ejerce este lugar.

Sugestión de una historia que, con frecuencia, ellos equivocan. Muchos piensan que sirvió ya de tocador a las sultanas<sup>98</sup>; otros, que fue lugar de oración, en el que adorar a Dios «en medio de un templo del que sólo Él mismo podía ser el arquitecto»<sup>99</sup>; algunos aludirán al emperador o a la estancia aquí de la «bella Isabel de Parma». Pero, incluso entonces, dejan volar su fantasía, reconstruyendo escenas imaginarias, en las que se contempla el acto de vestirse la



Detalle decorativo del Peinador. APAG, 2007 (fotografía: Adrian Tyler)

mujer como algo ensoñador: «el cuerpo se prepara en bello ocio para la fiesta inminente y el espíritu, medio magnetizado por el tratamiento suave de los ondulados cabellos, gracias al ambrosíaco aroma del perfume, a través de la despreocupada entrega al esfuerzo ajeno, nada en un mar de pensamientos medio inconscientes...»<sup>100</sup>. Sugestión de la historia, ya sea real o imaginada. Si lo entendemos así, no puede extrañar que Martínez de la Rosa situara alguno de sus dramas precisamente en estas estancias<sup>101</sup>.

Sugestión que ejerce, también, por sí mismo este «Belvedere encantador». Frágil en sus pequeñas proporciones, lleno de gracia, de elegancia, de primor, todo parece bello en él. Su pavimento de mosaico, «majestuoso» en la admirable combinación de los colores oro, negro, escarlata, verde, azul<sup>102</sup>, la profusión de su ornamento, la singularidad de su techo, «construido de pequeñas ensambladuras de madera que se cruzan y se van interceptando unas con otras, haciendo espirales y líneas onduladas y formando el más bello trabajo de enrejado»<sup>103</sup>. Su arquitectura de pequeños ajimeces<sup>104</sup>. Las pinturas que lo adornan con profusión. A pesar del estado de deterioro en el que se encuentran —al que no son ajenos los propios visitantes—, son «lo más cercano a los frescos de Rafael que yo haya visto tanto fuera como dentro de Italia», nos dice Samuel Cook. «El colorido es casi tan bueno, y el estilo muy similar siendo la única diferencia la falta de relieve y de redondeces»<sup>105</sup>.

Pero es sin duda el paisaje el tercer elemento que confiere a este lugar muy especiales connotaciones, un paisaje siempre presente en los relatos de los románticos, pero más vivo aquí que en lugar alguno. Hasta el punto de hacer olvidar lo demás ante «la vista encantadora de Granada, la vega y las montañas»<sup>106</sup>. Así lo cantó José Zorrilla, describiendo el que contempló desde la balastrada del Peinador<sup>107</sup>.

Bendita sea la potente mano,  
que llenó sus colinas de verdura,  
de agua los valles, de arboleda el llano,  
de amantes ruiseñores la espesura,  
de campesino aroma el aire sano,  
de nieve su alta sierra, de frescura  
sus noches pardas, de placer sus días,  
y todo su recinto de armonía.

Pocos fueron los que no sintieron con fuerza su sugestión. Quizá por ello es aquí donde quisieron dejar escritos sus nombres. Es por ello, sin duda, por lo que vuelven a este lugar una y otra vez. «¡Cuántas horas he dejado pasar aquí —dirá Gautier— en esta melancolía serena tan diferente de la melancolía del norte, con una pierna colgada en el abismo, recomendando a mis ojos que captaran muy bien cada forma, cada contorno

del admirable cuadro que se despliega delante de ellos y que sin duda alguna no volverán a ver»<sup>108</sup>. A cualquier hora del día, pero sobre todo en el momento en que cae la noche. Momento, como sabemos, que fascinó a Irving, aunque no iba a ser el único en dejarse atrapar por él.

«A través de las ligeras columnas de mármol blanco, se extiende la vista por uno de los panoramas más maravillosos que existen en el mundo. Cuando uno se inclina hacia afuera, se divisa una torrentera de inmensa profundidad, en cuyos bordes crecen álamos y otros árboles tupidos y apretados. Se siente vértigo al descubrir muy abajo, a nuestros pies, las altas copas de estos árboles, vistos en escorzo. A un lado se alza la imponente Torre de Comares; al otro, los blancos muros del Generalife, que resaltan sobre una masa de oscuro verdor. Pero el inmenso cuadro de la Vega, que se extiende hasta el infinito con un horizonte de montañas formando una sucesiva gradación de planos, sólo podría ser descrito comparándolo con los ópalos, los zafiros y otras piedras de los más delicados matices. Una o dos horas antes de ponerse el sol era cuando gustábamos admirar aquel sorprendente espectáculo. y algunas veces, para contemplarlo, nos quedábamos allí hasta la hora en que comenzaba el crepúsculo»<sup>109</sup>. Sirvan estas palabras para cerrar nuestra pequeña historia.

JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE CULTURA  
Patronato de la Alhambra y Generalife

## NOTAS

- 1 Carta a Antoinette Bollwiller. Granada, 15 de marzo de 1928. MORALES SOUVIRÓN, F. «Cartas de Washington Irving desde la Alhambra», *Washington Irving (1859-1959)*. Granada: Universidad, 1960, p. 95.
- 2 *Ibíd.*, p. 95.
- 3 *Ibíd.*, p. 96.
- 4 *Ibíd.*, p. 96.
- 5 GALLEGRO MORELL, A. «Introducción» a *Cuentos de la Alhambra* de W. Irving. Madrid: Austral, 1991, p. 19.
- 6 Carta de W. Irving a Dolgoruki. Alhambra, 15 de junio de 1829, en art. cit., pp. 108-109. En 1826, en Nueva York, Pierre M. Irving —sobrino del escritor— publicaba una voluminosa obra titulada *The Life and Letters of Washington Irving*. De ésta están extractadas las cartas que escribió desde la Alhambra y que se recogen en este artículo.
- 7 IRVING, W. *Cuentos de la Alhambra*. Edición de A. Gallego Morell. Madrid: Austral, 1991, pp. 68-69.
- 8 Alhambra, 15 de junio de 1829.
- 9 Así lo hace constar en sus *Memorias de ultratumba*, añadiendo: «¡De qué modo me palpitaba el corazón al abordar las costas españolas!».
- 10 FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. *Granada en la literatura romántica española*. Discurso de ingreso en la Real Academia Española. Estudio preliminar y notas al texto de C. Viñes Millet. Madrid: Rueda, 1995, p. 60.
- 11 GARCÍA GÓMEZ, E. «Chateaubriand en Granada», *Silla del Moro y nuevas escenas andaluzas*. Buenos Aires: Austral, 1954, p. 28.
- 12 «Góngora me mostró un largo pedazo de la pared, completamente ennegrecido por las inscripciones de fechas y nombres puestos allí con lápiz y carbón; otras hay grabadas con la punta de un cortaplumas. Son recuerdos de los visitantes de la Alhambra.  
—¿Qué dice aquí? —me preguntó.  
Acerqueme y lancé un grito.  
—¡Chateaubriand!—  
—¿Y aquí?  
—¡Byron!—  
—¿Y aquí?  
—¡Victor Hugo!—  
AMICIS, E. de, *España. Impresiones de un viaje hecho durante el reinado de D. Amadeo I*. Barcelona: Maucci, 1895, p. 335.
- 13 La referencia la da S. de ARGOTE en *Nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos por Granada y sus contornos*. Granada: Imp. de Gómez Espinosa de los Monteros, s.a (1805), tomo II, pp. 178-179. La traducción, debida al propio Argote, es la siguiente: «¡Oh el más indulgente de los Profetas para la especie humana! Si tal es el paraíso que vemos te pertenece sobre la tierra, ¿cuál será el que preparas a nuestros ardientes deseos en el Cielo, en donde hourís de ojos negros respiran un amor eterno? Aunque con mucha agua y ningún vino, ¿dónde hay fe y doctrina más divina? Kal. Jak. 1775». Como anécdota, Argote incluye también el comentario que su lectura suscitó en otro visitante: «Desgraciada la creencia del autor de estos versos, si en el momento de escribirlos, se le hubiese convidado con el turbante».
- 14 ROCHFORD SCOTT, Ch. «Excursions in the Mountains of Ronda and Granada». Londres, 1838. *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1802-1830)*, edición y traducción de M.ª A. López-Burgos. Melbourne: Australis Publisher, 2000, p. 122.
- 15 CAPELL BROOKE, Sir A. de. «Sketches in Spain and Marocco». *Relatos*, Londres, 1831, cit. p. 152.
- 16 Ambos testimonios están escritos, con poca diferencia, en torno a los años treinta. Con ellos contrasta la visión de Richard Ford, que no deja bien parado a Serna en su relato. Sobre todo, le acusa de haber introducido a los confinados en la Alhambra, para llevar a cabo trabajos de reconstrucción, que él califica de «vandálica tarea». En *Granada. Escritos con dibujos inéditos*, traducción y notas de A. Gámir. Granada: Patronato de la Alhambra y el Generalife, 1955.
- 17 HOFFMAN, L. *Romantique Espagne. L'image de l'Espagne en France entre 1800 et 1850*. New Jersey-París: P.U.F., 1961.
- 18 SWIMBURNE, H. *Travels in Spain in the Years 1775 and 1776 in Which Several Monuments of Roman and Moorish Architecture are Illustrated by Accurate Drawings Taken on the Spot*. Londres: printed by J. Davis, for P. Elmsly, 1787, 2 vs.
- 19 Una visión general en VINES MILLET, C. «Una prisión y un preso a fines del siglo XVIII. La Alhambra y Marcos del Castillo». *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, 2-3, 1975-76, pp. 157 y ss.
- 20 A.A. Leg. L-67-14. Se le destina la torre del Peinador, en cuya puerta deben vigilar Juan A. Avilés y José de Vega.
- 21 MARTÍNEZ RUIZ, E. «El arresto del conde de Aranda en la fortaleza de la Alhambra». *Cuadernos de la Alhambra*, n.º 7, 1971.
- 22 Como la inscripción, a gran tamaño, que se encuentra en la antesala del Peinador, firmada por A. M.ª Vera, y que dice lo siguiente: «En la Alhambra estubo preso y/ ofrezio para no dar/ siempre se acostumbra eso. 1844».
- 23 HUMBOLDT, W. von. *Diario de un viaje a España. 1799-1800*, edición y traducción de M.A. Vega. Madrid: Cátedra, 1998, p. 205.
- 24 De todos los citados en último lugar hay constancia de Robert Semple, norteamericano de origen inglés y hombre de negocios, que en 1808 y 1809 viaja por Portugal y España y visita Granada. En 1872 es Annie J. Harvey la que llega a nuestra ciudad, se hospeda en el Hotel Siete Sueños de la Alhambra. Ambos dejaron relato escrito de su viaje, pero no puedo tener certeza plena de que sean sus firmas las que aparecían en el Peinador.
- 25 La fecha que acompaña a esa dedicatoria es de 9 de mayo de 1829, es decir, muy pocos días después de su llegada a Granada, antes incluso de trasladarse junto con Irving a las habitaciones de la Alhambra. Sobre ello: *Poesías y pensamientos del Álbum de la Alhambra*, coleccionados por Luis Seco de Lucena. Granada: Imp. Fco. Reyes, 1878.
- 26 Alguno de ellos precisa que el libro se encuentra en una galería del patio de los Arrayanes.
- 27 AUSTRIA, M. de, *Por tierras de España. Bocetos literarios de viajes (1851-1852)*, edición y traducción de K. Rudolf y M.A. Vega. Madrid: Cátedra, 1999, p. 168.
- 28 Citado por TORRES BALBÁS, L. «Granada: la ciudad que desaparece», *Arquitectura*, v, septiembre, 1923.

JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE CULTURA  
Patronato de la Alhambra y Generalife

- 29 ANDERSEN, H. C. *Viaje por España*, epílogo y notas de M. Rey. Madrid: Alianza, 1988, p. 101.
- 30 Muchos son, en efecto, los que a lo largo de los siglos han ido tomando carta de naturaleza: torre de Abul Hachach, de la Estufa o del Oratorio. Peinador, Tocador, Mirador de la Reina. Incluso en algún texto se la denomina Mirador de la Sultana.
- 31 Sobre ello: FERNÁNDEZ-PUERTAS, A. «En torno a la cronología de la torre de Abū-l-Ḥaḡyāy», *Actas del XXIII Congreso de la CIHA*. Granada, 1977.
- 32 En el siglo XVI, debido a un error en la transcripción de sus inscripciones, toma forma la idea de que sirvió de oratorio a los sultanes, dando ello origen a uno de sus múltiples nombres.
- 33 GALLEGO BURÍN, A. *La Alhambra de Granada*. Granada: Comares, 1996, pp. 101-102.
- 34 «Descripción de Granada», en LAFUENTE ALCÁNTARA, M. *Historia de Granada*. Granada: Imp. y Librería de Sanz, 1846, tomo III.
- 35 Sobre estas cuestiones: VIÑES MILLET, C. *La Alhambra de Granada. Tres siglos de Historia*. Córdoba: Monte de Piedad y Caja de Ahorros, 1982.
- 36 Véase BERMÚDEZ PAREJA, J. «Excavaciones en la Plaza de los Aljibes de la Alhambra», *Al-Andalus*, XX, 1955, p. 445.
- 37 LALAIING, A. de, «Primer viaje de Felipe el Hermoso a España en 1501», *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Selección de J. García Mercadal. Madrid: Aguilar, 1962.
- 38 NAVAGIERO, A. «Viaje por España», *Viajes de extranjeros*, op. cit.
- 39 MÜNZER, J. *Viaje por España y Portugal. Reino de Granada*, estudio preliminar de F. Camacho. Granada: TAT, 1987.
- 40 MÜNZER, J. Op. cit., p. 56.
- 40 Ibídem, p. 68.
- Para la figura de Tendilla se puede consultar: CEPEDA ADÁN, J. «El conde de Tendilla, primer alcaide de la Alhambra», *Cuadernos de la Alhambra*, n.º 6, 1970 y «El gran Tendilla, medieval y renacentista», *Cuadernos de Historia del Instituto Jerónimo Zurita*, I, 1967.
- 41 TORRES BALBÁS, L. «Los Reyes Católicos en la Alhambra», *Al-Andalus*, XVI, 1951.
- 42 TORRE Y DEL CERRO, A. *Moros zaragozanos en las obras de la Alhambra y de la Alhambra*. Madrid, 1935, p. 493.
- 43 Para una panorámica general: RIAÑO, J. F. «La fortaleza de la Alhambra», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XI, 247-249, 1887.
- 44 Numerosos son los documentos de distintas épocas, conservados en el Archivo de la Alhambra, en que se detallan las torres, casas y aposentos que existen en el recinto. Entre otros, L-81-1.
- 45 VIÑES MILLET, C. «Las alcaldías subalternas de la Alhambra. Estudio histórico», *Cuadernos de la Alhambra*, n.º 21, 1985.
- 46 Juan de Trillo y Figueroa, caballero de Santiago, veinticuatro de Granada y su procurador en Cortes, que fallecía en 1631. Familia asentada en nuestra ciudad desde la época de la conquista, a ella pertenecen los poetas Juan y Francisco de Trillo, estudiados por GALLEGO MORELL, A. *Francisco y Juan de Trillo y Figueroa*. Granada: Universidad, 1950.
- 47 A.A. Leg. L-97-1-7 .
- 48 CARRIAZO, J. de M. *La boda del emperador*, prólogo de A. Domínguez Ortiz. Sevilla: Ayuntamiento, 1997.
- 49 LÓPEZ GUZMÁN, R. *Tradición y clasicismo en la Granada del siglo XVI. Arquitectura civil y urbanismo*. Granada: Diputación, 1987, p. 287.
- 50 La estancia de Góngora en Granada debió tener lugar en torno a 1585, por lo que pudo contemplar aquellas estancias en todo su esplendor.
- 51 Este suelo sería desmontado en 1930.
- 52 GÓMEZ-MORENO, M. *Guía de Granada*. Granada: Imp. de Indalecio Ventura, 1892, p. 90. La autoría de estas pinturas ha sido atribuida a diferentes artistas. Gómez-Moreno dice que fueron realizadas entre 1537 y 1539 por Julio de Aquiles y Alexander Mayner. Véase *Pinturas del Tocador de la Reina en la Casa Real de la Alhambra*. Granada: Imp. de Indalecio Ventura, 1873.
- 53 GÓMEZ-MORENO, M. «Los pintores Julio y Alejandro y sus obras en la Casa Real de la Alhambra», *Cosas granadinas de arte y arqueología*. Granada: Imp. de La Lealtad, 1888.
- 54 BERMÚDEZ PAREJA, J. *La Alhambra. La Casa Real*. Granada: Albaycín, 1966.
- 55 BONET CORREA, A. «El Renacimiento y el Barroco en los jardines musulmanes españoles», *Cuadernos de la Alhambra*, n.º 4, 1968.
- 56 ABEN HUMEYA (M. Fernández Almagro). «El problema de la Alhambra», *Granada*, 5, agosto, 1915.
- 57 VALLADAR, F. de P. *Guía de Granada*. Granada: Tip. Lit. Paulino Ventura Traveset, 1906
- También: BERMÚDEZ PAREJA, J. y MORENO OLMEDO, M. A. «Documentos de una catástrofe en la Alhambra», *Cuadernos de la Alhambra*, n.º 2, 1966.
- 58 HENRÍQUEZ DE JORQUERA, F. *Anales de Granada. Descripción del reino y ciudad de Granada. Crónica de la Reconquista (1482-1492). Sucesos de los años 1588 a 1646*, ed. de A. Marín Ocete. Granada: P. Ventura, 1934, p. 659.
- 59 RAMOS TORRES, M. C., «Preparativos en la Alhambra con motivo de la venida de Felipe V», *Cuadernos de la Alhambra*, n.º 8, 1972.
- 60 Sobre algunas de estas cuestiones: VIÑES MILLET, C. *La Alhambra de Granada*. Op. cit.
- 61 A.A. Leg. L-241-42. Tan sólo los días 2 y 3 de enero, como una excepción, se permite la entrada libre.
- 62 Una visión general en: MORENO OLMEDO, M. A. «Órdenes y autos para que se vigile la entrada en el Palacio árabe», *Cuadernos de la Alhambra*, n.º 14, 1978.
- 63 A.A. Leg. L-232-1 pieza 13, 8-IX-1602.
- 64 BRINCKMAN, J. de. *Paseos por España (1849 y 1850)*, edición y traducción de M. L. Burguera. Madrid: Cátedra, 2001, p. 278.
- 65 ARGOTE, S. de. *Nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos por Granada y sus contornos*. Op. cit., tomo II, p. 68.
- 66 GARCÍA GÓMEZ, E. «Releyendo a Washington Irving», *Silla del Moro y nuevas escenas andaluzas*. Op. cit., p. 31.
- 67 Respectivamente: A.A. Leg. L-176-13. Tasación hecha por D. José García Santesteban, profesor del noble arte de la pintura e individuo de la Academia de San Carlos en Granada, de los reparos pendientes de su oficio en varias dependencias. Tasación del maestro Ruiz del Aguila. 1796.
- ARGOTE, S. de. Op. cit., tomo II, p. 187.
- 68 GÓMEZ-MORENO, M. *Guía de Granada*. Op. cit., p. 90.
- 69 A.A. Leg. L-233. Obras en la Alhambra. 1840. «El muro de los corredores que van al Peinador están tan destrozados que necesita repararse en toda

- su extensión o de lo contrario se debe esperar ruina [...] tanto las habitaciones del mismo Peinador como las galerías [...] el tiempo, los terremotos y vicisitudes bien conocidas han desorganizado esta sencilla obra, quebrantando alguno de sus arcos y sacando de su centro la mayor parte de las columnas. Y es necesario obrar con la mayor rapidez y en el mismo gusto árabe». El costo previsto ascendía a 17.820 rs. vn.
- 70 En realidad desde 1923 se llevan a cabo algunos trabajos en este entorno, que a partir de 1930 entran en su momento de mayor actividad. TORRES BALBÁS, L. «Paseos por la Alhambra. La torre del Peinador de la Reina o de la Estufa», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 21, 1931.
- 71 Tenemos puntual noticia de todo lo realizado a través del «Diario de obras en la Alhambra», redactado por el propio Torres Balbás, que se publicó en *Cuadernos de la Alhambra*, n.ºs 1-5, 1965-1969.
- 72 En los años setenta, siendo ya Prieto Moreno el arquitecto responsable, Manuel Maldonado volvería a restaurar nuevamente las pinturas del Peinador.
- 73 VELÁZQUEZ DE ECHEVERRÍA, J. *Paseos por Granada y sus contornos*, ed. facsímil con estudio preliminar de C. Viñes Millet. Granada: Universidad, 1993, tomo I, paseo XXI.
- 74 Sin embargo, esta visita de Isabel II resultó ser importante para la Alhambra, ya que el 10 de octubre en el *Boletín Oficial de la Provincia* se publicaba un decreto por el cual la soberana resolvía que «sin pérdida de tiempo, y sin evitar dispendio de ninguna clase, se proceda a terminar de la manera más digna y conveniente, la restauración de este histórico monumento».
- 75 *Crónica del viaje de sus Majestades y Altezas reales por Granada y su provincia en 1862*, por E. de los Reyes y F. J. Cobos. Granada: Imp. de D. Francisco Ventura y Sabatel, 1862.
- 76 ANDERSEN, H. C., *Viaje por España*, op. cit., p. 102.
- 77 Otras dependencias de la Alhambra fueron habilitadas también con motivo de este viaje. Por ejemplo, la sala de los Secretos donde tuvo lugar una comida campestre.
- 78 Dumas aprovechó aquel viaje realizado con motivo de las bodas reales para recorrer el país. El resultado fue el volumen titulado *De París a Cádiz*, que vio la luz en su edición francesa en 1847. Gautier, por su parte, ya había publicado en 1843 su *Voyage en Espagne*, uno de los mejores relatos viajeros del XIX.
- 79 LUNDGREN, E. «Anotaciones de un pintor», traducción del sueco por B. Nordencreutz, *Cuadernos de la Alhambra*, n.º 5, 1969. Algunas de estas cuestiones las he tratado recientemente en VIÑES MILLET, C. «La Alhambra que fascinó a los románticos», *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, segunda época, 18, 2006, pp. 167-186.
- 80 YNDURAIN HERNÁNDEZ, F. «Washington Irving, primer hispanista americano», *Washington Irving (1859-1959)*. Granada: Universidad, 1960.
- 81 CHATEAUBRIAND, F. R. *Les aventures du dernier Abencérage*. París: Champion, 1826.
- 82 Para la difusión de este libro se puede consultar: GALLEGO MORELL, A. «The Alhambra de Washington Irving y sus traducciones españolas», *Revista Hispánica Moderna*, xxvi, 3-4, 1960.
- 83 ROMER, I. F. «The Rhone, the Darro and the Guadalquivir. A Summer ramble in 1842». Londres, 1843. *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1830-1843)*, edición y traducción de M.ª A. López-Burgos. Melbourne: Australis Publishers, 2000, p. 48.
- 84 TENISON, L. «Castile and Andalucía». Londres, 1853, en *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1843-1850)*, edición y traducción de M.ª A. López-Burgos. Melbourne: Australis Publishers, 2000, p. 125.
- 85 LUNDGREN, E. Art. cit.
- 86 DAVILLIER, Ch. de. *Viaje por España*, con ilustraciones de Gustavo Doré. Madrid: Adalia, 1984, tomo I, p. 198.
- 87 URANIS, K. *España. Sol y sombra*, edición y traducción de C. Mougoyanni. Madrid: Cátedra, 2001, pp. 177-178.
- 88 GARCÍA GÓMEZ, E. «Color de la Andalucía romántica». *Silla del Moro y nuevas escenas andaluzas*, op. cit., p. 23.
- 89 FORD, R. *Granada. Escritos con dibujos inéditos*, traducción y notas de A. Gámir. Granada: Patronato de la Alhambra y el Generalife, 1955, p. 47.
- 90 ANDERSEN, H. C. Op. cit., p. 100.
- 91 CEPEDA ADÁN, J., «El Palacio de Carlos V, símbolo de una frustración», *Cuadernos de la Alhambra*, n.º 2, 1966.
- 92 DAVILLIER, Ch. de. Op. cit., p. 224.
- 93 ANDERSEN, H. C. Op. cit., p. 101.
- 94 *Ibidem*, pp. 101-102.
- 95 ROMER, I. Op. cit., p. 58. Su viaje lo realiza en 1842.
- 96 TENISON, L. Op. cit., p. 137. El viaje lo realiza en 1850.
- 97 ANDERSEN, H. C. Op. cit., p. 102.
- 98 Es el caso, entre otros muchos, de W. Humboldt, quien al aludir a la losa perforada existente en el suelo, dice que sobre ella se colocaba la reina para recibir «baños de vapor». *Diario del viaje a España. 1799-1800*, edición y traducción de M. A. Vega. Madrid: Cátedra, 1998.
- 99 TENISON, L. Op. cit., p. 135.
- 100 AUSTRIA, M. de. Op. cit., p. 164.
- 101 Así ocurre con algunos de los pasajes de «Aben-Humeya» y de «Doña Isabel de Solís». Véase CARRASCO URGOTTI, M. S. *El moro de Granada en la literatura*. Madrid: Revista de Occidente, 1956.
- 102 MURPHY, J. C. *The Arabian antiquities of Spain*. Londres: Cassel and Davies, 1813.
- 103 ANÓNIMO. *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1830-1843)*, op. cit., p. 103.
- 104 HOSKINS, G. A. «Spain as It Is». Londres, 1851, en *Viajeros ingleses en la Granada de 1850*, edición y traducción de M.ª A. López-Burgos. Melbourne: Australis Publishers, 2001.
- 105 COOK, S. E. «Sketches in Spain during the Years 1829, 30, 31 and 32», *Granada. Relatos de viajeros (1802-1830)*, op. cit., p. 200.
- 106 JANSSEN, L. «Dos artistas daneses en la Alhambra: Kornerup y Meldhal», *Cuadernos de la Alhambra*, n.º 4, 1968, pp. 39 y ss. El que así se expresa es Kornerup, cuyo viaje tuvo lugar en 1860.
- 107 ZORRILLA, J. «Desde el mirador de la sultana», *El Pasatiempo*. Granada, abril de 1845. Véase SANCHO Y RODRÍGUEZ, M. *Crónica de la Coronación de Zorrilla*. Granada, 1889.
- 108 GAUTIER, T. *Viaje a España*, edición y traducción de J. Cantera Ortiz de Urbina. Madrid: Cátedra, 1998, p. 257.
- 109 DAVILLIER, Ch. de. Op. cit., p. 243.